

LOS HIJOS DEL AVERNO

José Carlos Picón Ocampo

Poetas en Cerro el Pino, en Villa El Salvador, San Juan, La Victoria, Barrios Altos, Cono Norte y Sur. Poetas, antipoetas o apoetas, ejecutan sus andanzas en el punto neurálgico de la cada vez más acorralada contracultura limeña: Jirón Quilca, Caylloma, Camaná, Plaza Francia y callejas aledañas. Escenarios de una febril manifestación concomitante con la sobrevivencia y la calle caníbal, salvaje. Partamos de viaje con los Poetas del asfalto. Recorrido por la urbe y exploración del fondo que se toca a plena luz o mejor en noche fría y madre.

JOSÉ CARLOS PICÓN OCAMPO*

«¡Quiero quiero quiero poder!», sentenció Gregory Corso, develando su deseo. Vagabundo, ladrón de carros, embustero, borracho, poeta *beat*. Menciono el verso de Corso porque representa el anhelo de aquello que la vida niega: la sensación de dominio (de la propia vida), la satisfacción de una necesidad por aplacar la turbulencia interior. Marginal en todo su sentido, junto a la planilla mayor de los *beatniks* (Kerouac, Ginsberg, Cassady, Ferlinguetti) explaya todavía su impronta como icono de los personajes de esta disertación.

Voy a acercarlo lector, a las vivencias y entramados de una subcultura que si bien responde a estímulos estructurales específicos y globales (economía de mercado, desigualdad social), asume su actitud contracultural de manera que sus integrantes se consideran «culpables» de su propio exilio (autoexilio).

El Averno, Jr. Quilca s/n. Viernes de batalla campal en el infierno. Mutismo y posterior barullo. El silencio claveteado de óxido. Lee Richi Lakra. La gente pifia, escupe, Lakra responde, «váyanse a la mierda», embriagado de la noche, de dolor, de alcohol barato, levanta papeles arrugados incendiando vahos, quemando cerebros.

* Estudiante de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

UN SUEÑO HERIDO

De lo macro a lo micro. El aterrizaje de los mecanismos de la globalización por nuestros países latinoamericanos suscita la idea de que el sueño globalizante no arregla ningún problema. Seguimos teniendo las mismas enfermedades. No se crea riqueza, se agrava el problema ambiental, la apertura económica desintegra social y políticamente lo nacional» (Barbero, *Al Sur de la modernidad*, 104), además aguantamos males como el desempleo, la delincuencia, las migraciones, el tráfico de drogas, la pobreza y la marginalidad. Estos matices, pues, son los que corresponden a la polarización y al agigantamiento de la brecha entre pobres y ricos.

Ahora, jalando una hebra de este des-tejido, configuremos la imagen. Para explicar una manifestación contracultural en Latinoamérica, y cerrando más el cuadro, en Perú, usemos la teoría (molde-patrón) de la dependencia (de la cultura del país del norte, imperio y principal polo dominante) y del derrumbe de las utopías.

Creo advertir en la postura de la horda y subcultura, en este caso los poetas marginales pertenecientes a la cultura urbana de la posmodernidad periférica, cierta necesidad de ruptura, de ir en contra. Demos una mirada a la «tradición», proyectos artísticos importantes como el grupo Hora Zero en los setenta, iracundos jóvenes poetas universitarios que negaron y rompieron vinculación con tradiciones anteriores. Sembraron bases para la nueva poética. «Salieron a la calle» y adoptaron el registro de la urbe y el lenguaje coloquial directo, cualidad que consideraban coherente y subyacente a las pulsaciones más reales. Jóvenes de provincia que asistían a las aulas y resistían en la urbe la escisión y la construcción de una identidad. De los cimientos y la onda expansiva horazeriana, germinan aún en los setenta Gleba, Estación Reunida, la Sagrada Familia y Kloaka en los ochenta. Kloaka reúne nuevos intereses en sus integrantes, una vital experiencia de la urbe rescatando, percibiendo y asimilando cada detalle y enfermedad de la calle. Lumpenización del lenguaje, infrarrealismo y registro del burdel, la drogadicción y la decadencia. Poetas como Domingo de Ramos, Róger Santibáñez, Mariela Dreyfus y Guillermo Gutiérrez reivindicaron «la vida y la liberación de oponerse al dolor que nos golpea todos los días y a cada momento».

¿QUIÉNES SON, DE DÓNDE VIENEN?

Pero si aquellos fueron todo eso, ¿qué queda en los intersticios de la vida urbana y marginal de los jóvenes y no tan jóvenes? Poetas del Asfalto, de la periferia, del cerro, de los conos. Los tándem de los setentas y ochentas habían contado la historia de personajes épicos que deambulaban por la ciudad empobrecidos por el desempleo y la frustración, mujeres prostitutas buscando un poco de alimento, borrachos y díscolos *clochards*, vagabundos destrozados por la droga, provincianos fracturados por una identidad astillada. Sin embargo, la sobrevivencia y el mimetismo con la calle no llegaron a grados tan naturales y entretejidos.

Hubo cierta distancia de la vida académica o una tendencia autodidacta enriquecida por contactos con una vida cultural variada y compacta. La deriva y el «asalto a las calles», el tono delincuencial y tugarizado por el contacto con ese sector, el conocimiento del misterio (ya no tan misterioso) de la dialéctica lumpen, el coger lo que apenas se puede leer (lo caro que son los libros), el no-acceso a publicaciones académicas o universitarias, la poca pulcritud son algunas de las marcas registradas del grupo.

Los personajes de los poetas «académicos» y urbanos eran vistos con ojo de etnógrafo o si era la propia experiencia el reflejo de su trabajo, no gozaba de este carácter de desplazado y (auto)exilado (Kloaka, Hora Zero).

En este caso, la épica y el *elan* de los Poetas del Asfalto se desprende de una experiencia vital reconocida en uno mismo. De una fenomenología de la destrucción personificada por los mismos ejecutores. Un mismo camino para la praxis y la poesía en una ínfima calidad de vida y marginalidad desgarradora, periférica, incluso geográficamente.

Hay que anotar, lector, que la subcultura aquí comprometida no elaboró ningún tipo de manifiesto, a diferencia de los referentes mencionados. La calle es el único manifiesto, actitudes estampadas en el recuerdo desmemoriado de la noche, muerte, más muerte como búsqueda de verdad, proceso realmente doloroso y destructivo. Recuerdo una alusión (en apunte de un compañero de andanza) a uno de los grupos más emblemáticos de los ochenta: en la calle, en la suciedad, sórdidos,

en los fondos más bajos de la existencia, pero sobre papel periódico, claro, para no mancharse.

Punkies, rockers, poetas, artistas, vagos y borrachos, clamando, vociferando, como en una rebelión atomizada en la penumbra del olvido. Observan la performance de Lakra, de Ricardo Quesada y su desakato literario. Como en un palimpsesto urbano, como en una rasgadura de afiche chicha develando pasados coloridos e identidades asimiladas. La anti-música se abre paso. Un alarido, guitarras desafinadas, muchachos degenerando el sonido, exclamando «ha llegado el momento de la destrucción», un tema de los extintos Eskorbuto de España.

NO CREO EN NADA

En los ochenta, la movida subterránea y la historia conocida de las bandas fundadoras (Guerrilla Urbana, Narcosis, Leusemia), cristaliza y coloca el antecedente directo de la subcultura en mención. La movida musical (y antimusical) construida por el *punk-rock and roll*, el *hardcore* y el *ska* más visceral y anarcónihilista despierta nuevas formas de afrontar los planos de expresión a la juventud. Las letras de los temas de un contenido social-político radical, haciendo alusión a la lucha de clases, la alienación y la incontenible rabia por saberse excluidos y sin oportunidades, caían en un soporte de sonido que consistía en el ruido básico de una guitarra, bajo y batería que la mayoría de las veces eran aporreados y tocados de una forma básica y antimusical. Quien se prendía del micrófono no cantaba sino que gritaba y vociferaba las líricas haciendo frontal y cáustica la *performance*. Los nuevos intercambios comunicacionales en la interpersonalidad y en la vida político-social de los jóvenes los derivó a una suerte de representación de su vida misma.

Hierba, alcohol, rock and roll, sangre intoxicada de plomo contra el sistema. La identidad más corrosiva y el reconocimiento danzan en saltos y pogos (vueltos ahora ronda y baile, no ya la performance violenta pero unificadora de antes), lujuria de expresión. La violencia no es más que el despliegue de un deseo, erótico, de lamer las utopías.

(A)POESÍA-RESISTENCIA

«La poesía, hermano, es un acto de resistencia». Richi Lakra, del Cerro el Pino, se enreda en la angustia y hunde sus casi cincuenta años en el brazo de jirón Quilca. Su frase advierte aquella gravedad de los solos. Del juego blandengue entre dos discursos. La marginalidad como afirmación de un mecanismo de reconocerse a sí mismo y la imagen que postula una increpación violenta a la maraña que lo recibe día a día; a su estructura; a lo que no se ve. «Desafío al tecnicismo de los viejos/ un culo de caballos salvajes te han de recorrer/ sin cortapisas sin señores/ como una fornicación desmedida (alada) tan real/ de muchachos de muchachas/ sembrando no solo una fiesta o el pan/ sino trizando a la herrumbre con el dedo de la anarkía» (Lakra, *Autopista James Dean*). Los elementos libertarios juegan y se compenentran con la ruptura de los registros de conducta convencionales. El ser un buen ciudadano o alguien sumido en los «mecanismos de control» del sistema no se encuentra dentro de los planes de quien podríamos denominar *performer*. Y esto porque no solo la palabra ejecutada es el principio revelador y de rebelión, sino que se prolonga el sentido de esta en el movimiento y la «intervención de espacios públicos». El refugio ya no era buscado en las cálidas y aserrinadas cantinas y bares (como Hora Zero y Kloaka), sino que estallan en todas sus fracturas en la calle, escenario de la vitalidad de su thánatos. Esbozan cierta cercanía con la vida lumpen. No es que se limiten a tocar el tema en sus textos, afrontan la vida con actitud callejera y destructiva, elaborando una especie de puesta en escena arraigada a una turbia y frenética forma de buscar verdad y belleza.

FORMAS. «NO TENEMOS MANIFIESTOS»

Un detalle importante, lector: en esta zarabanda de epítetos, identidades y actitudes se valora el malditismo. Nada es obvio, sin embargo, la periferia recipiente de los males, vicios y vicisitudes del grupo empujan al reconocimiento de una identidad flagrantemente incendiaria, pero por propio deseo y decisión. Algunos de los miembros de esta subcultura consideran que nacieron inexorablemente para sufrir, ser envenenados por el sistema, y hacen del dolor, el sufrimiento, la destrucción, aristas de ese malditismo mencionado hace un rato, su discurso con más potencialidad a ser visible como identidad grupal. En eso, a pesar de la edad de muchos de los integrantes de esta suerte de banda de antipoetas o apoetas, que va de los 25 a los cuarentitantos, se parecen a los *punks destroy*, ala de la movida *punk* más

identificada con el antifuturo y autodestrucción. Así, dentro de los iconos, escritores y personajes más admirados, se encuentran el manoseadísimo Bukowski, Poe, Lou Reed, el rockero neoyorkino, cronista de las calles y las vivencias más sórdidas de la manzana. Por supuesto, los *beats* son referencia clave en el lenguaje y actitud. Si bien es cierto que hay un conocimiento de esta mítica y «ética de la marginalidad destructiva», puedo decir que no es tan orgánica la estructura teórica que va a ser llevada a la praxis. Hay mucho de intuición, creatividad retorcida, visión inmediata y autodidactismo que no llega a completarse en algunos casos. Pero vale. Hacen lo que pueden y llegan a un público que i) se da cuenta de que la escritura puede ser un ejercicio, ii) los temas, imágenes y vivencias se estrechan con una praxis existencial y iii) puede adquirir las publicaciones-fanzines debido al precio, índice que hay un interés por saber qué se hace dentro de los ámbitos creativos de la contracultura.

Un muro orinado, poste biafrano en medio de una dialéctica subterránea. No interesa publicar seriamente y ser reconocido por círculos académicos como grupo que produce textos de calidad. Lo importante es estar presente, y ejecutar la acción artística. El atentado cultural. ¿Rol de una subcultura-contracultura? Hablo y reitero, la resistencia. La visibilidad y «recolección» de elementos para construir una identidad. No tener dogma, y abolir la incoherencia.

Es visible una palabra clave en el transcurrir de la vida de estos escritores, personajes épicos de la destrucción y la mala vida: deriva. Esta palabra usada por los situacionistas (Internacional Situacionista, París 1958-1972) con Guy Debord a la cabeza, se conecta al hecho de trazar con un aleatorio y azaroso despliegue de la vitalidad. Caminar y caminar sin saber adónde llegas. Asimilar la geografía de la urbe como escenario de actos y hechos. El perderse en la ciudad ubicando, percibiendo y cercando sensibilidades y emociones causadas por experiencias y la misma continuidad de la construcción urbana.

El gusto por el lenguaje coprolálico y escatológico, la escisión mental cercana a la esquizofrenia y las perturbaciones psicóticas, desgracias y situaciones que refuerzan la marginalidad del apoeta situándolo en espacios y atmósferas de radical decadencia que pasan por el filtro del *homo ludens* interiorizado: «Hoy voy a salir con una chica/ a la cual le cuelga/ un apéndice extracorpóreo/ por la nariz/ aspiramos a ser una pareja/ convencional, pero no sé/ si ahora todo es homo-gay-sexual/

correrían nuestros sentimientos/ correteados por la moralina-bisexual./ Hoy voy a salir con una chica/ que me engaña con otra chica/ y yo confundido entre el sopor del trago/ no sabía qué hacer/ aspirar más aspirina molida con diazepam?/ o caer en una telaraña masoca/ no le encuentro nada más que su discurso/ de mujer abandonada por un cholo yonki.../ y que sus tacos afeminizan su deterioro mental.../ es que estoy confundido/ los géneros ya no definen mi auto-indecisión/ y te arrastro/ mi diversión mas lúdica/ sádica/ mal-perversa (Luis «primo» Mujika, *Hoy voy a salir*).

Recordemos la actitud *punk*. Los agentes y colaboradores, los partícipes del *squad* (cuartel) anarquista Poetas del Asfalto, ejercitan discusiones y lecturas que van desde panfletos políticos hasta textos de poesía. Dentro de esta gama de actividades, los miembros de la subcultura albergan la beligerancia propia de quienes piensan que el neoliberalismo es otra palabra para capitalismo que crea miseria y no puede crear bienestar para todos. Los espacios creados convergen en la búsqueda de una identidad para ser reconocidos y además en la amplia manifestación de su arte y bricolaje (técnica de creación estilística consistente en recombinar y atribuir nuevos significados a objetos y símbolos utilizados anteriormente por otros actores y en otro contexto). Vinculados al ámbito musical subterráneo, disponen puestas en escena de propuestas que se acercan a la idea de un arte integral. Las bandas de *punk*, *rock and roll* y *hardcore*, de energía brutal-minimalista y técnica *amateur*, tejen su *performance* con la lectura de poemas y «atentados literarios».

Los «verduguillos» y artefactos culturales encarnando poesía circulan en formato fanzine (publicaciones artesanales hecha por aficionados). Y su factura responde a dinámicas de bricolaje, apelando a los *collage* dadá, el salto y combinación tipográfico, rompiendo los patrones del diseño, dando al error un margen que poco a poco se convierte en determinante para la visualidad del objeto (fanzine-publicación).

CONTRA EL SISTEMA

Es aparentemente una subcultura apolítica. Sin embargo, hay un enclave en la frontalidad ácida y corrosiva al sistema.

¿Qué sentimiento encarnan estos autoexiliados? Podríamos pensar que al responder a mecanismos de exclusión, agresión y desamparo, focalizan su fuerza transgresora en oír, ver, sentir cosas de una forma nueva. La forma caótica de percibir cuanto viven y experimentan, el desorden y la perturbación de la que hacen gala al afrontar las noches limeñas, la acción-*performance* directa (graffitismo, deriva y paseo por la urbe violentando, borracheras interminables, peleas, e incluso los mismos recitales en los que se juntan a leer, beber y escuchar la música de bandas *punk-hardcore* en las que se incluye el pogo), cierra filas en lo que se refiere a su conducta marginal.

¿ARTE O ENSARTE?

Ahora, ¿la producción verdaderamente es arte?: lo explayado en papel (poesía), la música u otras manifestaciones. La apuesta por un lenguaje directo, callejero, radical, configura una repolitización de la cultura. La ruptura con el orden, el *establishment*, la comunicación de la conciencia de fractura y de negación, necesita formas expresivas que vinculen el desprendimiento del monopolio comunicativo y de lenguaje con la correlación de las vivencias y validación de la «lucha» en la canalización de los elementos del lenguaje: «pelearemos en las calles/ con nuestros hijos a nuestros pies/ y jamás preguntes por/qué// si te lo dijera llorarías/ y no puedes llorar/ porque te mostrarías vencido» (Ricardo Quesada, *Tukuymi mudan [todo cambia]*). Y el cansancio fortalecedor y el gusto de la caída, de sentirse parte de la búsqueda y no transar, evitando la comodidad y la autocomplacencia, «parimos parodias e insensateces/ desgastando/nos afiebrados/ retorciendo/nos como masas descalabradas/ sin contexto específico/ escribimos/ con dos dedos temblorosos/ un renglón más/ de la vida» (Ricardo Quesada, *Los muchachos no lloran*) ¿Qué le parece lector? ¿Hay una riqueza literaria aquí? O como dice el propio Ricardo Quesada, «no pretendo hacer literatura sino expresarme».